

—De esta manera no tendrá usted embarazo en decirme a quién presentaba usted como indigno de aspirar a la mano de la encantadora Clotilde.

—Ninguno.

—¿Quién es, pues, esa persona que usted no juzgaba merecedora del bien que anhela?

—Usted.

—Veo que tiene usted el suficiente valor para hablar con franqueza.

—He dicho que siempre estoy dispuesto a sostener la verdad.

—¿Luego, usted me odia?

—Cordialmente, como creo que me odia usted a mí.

—Ha acertado usted.

—No podía equivocarme.

—Y cuando dos se odian...

—Es preciso que uno muera.

—Veo que me comprende usted.

—Entonces puede usted utilizarse de mi buena disposición cuando usted guste.

—No pasará mucho tiempo.

—Lo deseo ardientemente.

—Adiós.

—Adiós.

Y ambos se separaron, lanzándose una mirada de odio y venganza.

CAPITULO VIII

El herido

Estamos en una humilde habitación de casa de vecindad. No se ve en toda la pieza más adorno que una mesita de pino blanco, unas cuantas sillas viejas, un cuadro de la Virgen de la Soledad y un miserable lecho en que descansa un hombre, joven aún, en cuyo flaco y macilento rostro se ven pintados los estragos que imprimen la miseria y las enfermedades. Sus ojos, cercados por una espesa sombra que se dibuja en sus marchitos párpados, están sin brillo y hundidos hasta el cráneo; su mirada es vaga y melancólica; la palidez de su fisonomía, aunque extrema, la hace resaltar más toda-

vía la falta de aseo y la abundancia de barba, que parece crecer con la enfermedad; pobres sábanas y una frazada raída, cubren el descarnado cuerpo de aquel infeliz.

Al lado del lecho, y sentada en una silla ordinaria y tosca, se ve una mujer, pálida también, pero hermosa como el ángel de la Caridad, velando el infortunio de la inocencia, con un libro en la mano, que lee de vez en cuando. Un humilde traje de percal negro envuelve en sus pliegues las buenas formas de su cuerpo gentil, y un pañuelo de algodón listado, oculta parte de su blanca y hechicera garganta. Sus ojos, negros y melancólicos, velados por suaves y prolongadas pestañas, prestan una sombra mágica, dulce y seductora a sus divinos párpados, y un irresistible hechizo a su dulce fisonomía y celestial mirada; su preciosa y agradable cabeza, se hace notable por el largo y abundante pelo castaño-rubio, que en dos gruesas trenzas recoge en su flexible cintura. En la blanca frente de esta mujer están retratados la resignación y el dolor; en la dulce mirada de sus lánguidos ojos, la compasión y la fe; en su célica fisonomía, la tribulación, la necesidad, la tristeza, el cariño y la conformidad.

Su belleza no es la de una tierna joven en la primavera de sus años; flor delicada de suavísimas hojas que nacen con la aurora, brilla un momento con los primeros rayos del sol, y muere marchita y sin color al primer soplo de vendaval; es la del majestuoso, deslumbra en el cenit y descende dulce, bello, y como nunca seductor entre nubes purpurinas, inundando de dicha el corazón y llevando tras sí las miradas del hombre que se extasia contemplando su mirífica hermosura.

Dos niñas de tierna edad, hermosas como dos ángeles, de hojos azules y dilatados, de blondo y finísimo cabello la una, y vivo retrato la otra de la hermosa mujer que acabo de describir, se ven, la primera, reclinando su graciosa cabeza en sus rodillas; y la segunda, apoyada lánguidamente sobre uno de sus torneados hombros.

En estas dos angélicas criaturas no brilla la alegría peculiar de la infancia, ni en sus lindos ojos la vivacidad de los primeros años.

Obligadas a vivir en aquella atmósfera pesada y enfermiza, donde impera la tristeza y la necesidad que a todas horas les rodeaba, se habían inoculado con el aire melancólico que estaba impreso en los semblantes de los desgraciados seres que descansaban, uno en el lecho de dolor y el otro velando a su cabecera.

Unos vestidos de indiana limpios, pero remendados en mil

partes, envolvían los cuerpecitos de estas dos tiernas criaturas, cuyos angélicos rostros besaba con frecuencia el sér benévolo sobre cuyas rodillas y hombro estaban reclinadas.

Eran dos blancas perlas, dos preciosos brillantes junto a un encendido rubí, pero escondidos todos entre el sucio polvo y los andrajos de la miseria; dos resplandecientes estrellas al lado de la plateada y misteriosa luna, pero veladas por oscuros y negros nubarrones.

La hermosa mujer alzaba de vez en cuando la vista del libro y la dirigía con frecuencia hacia aquellos ángeles desgraciados, cuyos padecimientos le desgarraban el corazón, y dejaba escapar uno que otro ahogado suspiro, que revelaban hondos y prolongados sufrimientos, que en vano trataba de disimular.

—¿Por qué lloras, mamá?—dijo la que se apoyaba en su hombro, viendo que se secaba con el delantal dos lágrimas que involuntariamente rodaron por sus párpados.

La que descansaba en sus rodillas levantó la cabeza al oír a su hermana, y fijó su vista en el rostro de la afligida mujer, que contestó, procurando sonreírse para tranquilizarlas:

—No lloro, hija mía; no lloro, Teresita—y la estrechó contra su pecho—; es que me quitaba un estorbo que me había caído en el ojo.

—Pero si todavía tienes la señal de las lágrimas—contestó con inocencia infantil la otra niña.

—Puede ser; siempre lloran, Julita, los ojos, cuando cae alguna cosa en ellos—exclamó la tierna madre, besando la angélica frente de la que estaba apoyada en sus rodillas.

—Dios quiera que esa sea la causa y no otra más amarga, querida mamá.

—Pues, ¿cuál otra podríais pensar, hijas mías, que podría yo tener?—contestó la infeliz madre, acariciándolas.

—Una que nos alcanza también a nosotras, mamá—dijo poniéndose pálida como la muerte la bella Teresita, que se reclinaba en su hombro.

—¿Cuál?

—El hambre.

—¡El hambre!...—exclamó débilmente la desventurada mujer, dejando caer abatida su cabeza sobre el pecho.

—Sí, el hambre; porque desde ayer no has comido por cedernos a nosotras tu parte, ni hoy te has desayunado por la misma razón. ¿Crees que no he puesto yo cuidado, madre mía?... Pero nosotras hemos sido muy egoístas en admitirlo, sabiendo que te había de hacer mal...

—No, hijas mías; yo no tenía gana de comer. ¡Os quiero tanto!...

—Y toda la ropa la has empeñado para que nada nos faltase, mientras que tú...

La desventurada madre las atrajo dulcemente contra sí para besarlas.

—Mientras que yo soy feliz viéndoos contentas.

—Pero si no comes, te morirás, madre mía; y nosotras queremos que vivas; ya nada tienes que empeñar; de todo te has deshecho durante la peligrosa enfermedad que siguió a la herida que recibió papá en San Angel, la noche en que de una casa dispararon algunos tiros.

—Sí, es cierto; pero por fortuna su vida no corre ya peligro.

—Pero lo corrió, y muy inminente, la noche en que fué herido, pues hubiera muerto abandonado, en medio del campo, y sin ser visto por nadie, si Dios no hubiera hecho que corriera a donde estaba, a un hombre caritativo.

—Sí, es verdad—dijo Elisa—; si vive es gracias al honrado y humano campesino que, hallándose por casualidad en San Angel, y hospedado cerca del sitio donde tuvo lugar la funesta escena, acudió al oír los tiros, le condujo a su habitación, y al día siguiente se dignó conducirlo en un coche, y muy despacio, hasta aquí, despidiéndose con las mayores pruebas de afecto.

—Y ¿cómo dijo que se llamaba?—preguntó Teresita.

—Pablo.

—Parecía muy bueno.

—Y lo es, sin duda.

—Le conocía de nombre, porque había escuchado ensalzar sus buenas cualidades, pues merced a éstas, de simple criado ha llegado a tener una propiedad en Texcoco, y había marchado, felizmente para nosotros, ese día a San Angel, con el objeto de comprar otra.

—¡Cuánto me alegro!

—Pero, ¿cómo pudo, mamá,—dijo Julita—, hacer su fortuna?

—Había servido con lealtad a un don Miguel, a quien salvó de la muerte en el río de Tampico, en 1829; continuó prestándole servicios muy notables; y cuando aquél se enlazó con una prima suya, llamada María, regaló al leal Pablo, que, como os he dicho, era un indio de nobles ideas, una considerable cantidad de dinero, para que comprase la pequeña hacienda en que hoy vive con todas las comodidades, y unido a una honrada mujer llamada Juana, que era tam-

bién criada de una familia que recompensó generosamente sus leales servicios.

—¡Qué satisfactorio debe ser eso!

—Mucho, hijas mías.

—Yo quiero mucho a ese Pablo—exclamó Teresita—, porque, merced a él, vive papá.

—Y yo—contestó Julita.

—Ya veis que la vida de vuestro padre no corre peligro, y esto debe consolaros.

—Pues por lo mismo debes tú cuidar la tuya, mamá.

—Sí, hijas mías, cuidaré de ella.

—¡Eres tan buena!... Queremos que te cuides; no queremos que te mueras; no, no queremos, porque nos moriríamos también.

—¡Morir vosotras!...

—Y ¿para qué quisiéramos vivir si tú faltases?... ¿Qué sería de nosotras?...

—¡De vosotras!...—La afligida madre volvió la cabeza hacia el lecho en que dormía el enfermo, y exclamó con el amargo acento de la convicción: ¡Es verdad!... Pero no tengáis cuidado; Dios es muy bueno y me conservará la vida para que os eduque en su santo temor.

—¡Ah, sí! ¿No es él, según tú dices, quien nos envía el alimento que recibimos de la señorita Soledad?...

—Sí, hijas mías; esa joven es el instrumento de que la Providencia se sirve para no dejarnos perecer de necesidad; Dios graba en el corazón de algunas de sus criaturas el sentimiento de la caridad, y obran impulsados por él, llevando el consuelo a los desgraciados como nosotros.

—¡Ah!... ¡Bendigamos a Dios, madre mía!...—exclamaron las dos inocentes criaturas, elevando sus ojos y sus manitas al cielo.

—¡Bien, hijas mías, bien! La oración de los niños llega siempre hasta el trono del Señor; bendicidle y rogadle por todos los que padecen en la tierra.

Y las niñas se pusieron de rodillas delante de una imagen que estaba en un humilde cuadro junto al lecho del enfermo.

Este hizo un movimiento, que obligó a la hermosa mujer a volver los ojos hacia donde él estaba.

Parecía entregado a un agitado sueño; tenía entreabiertos los labios; respiraba con alguna agitación, y su rostro estaba animado.

—Cinco albures a la dobla—pronunció con voz apagada como es siempre la del que sueña—; se está haciendo la chica.

Aquellas palabras helaron el corazón de la que escuchaba, que exclamó para sí, abatida:

—¡Siempre el juego!...

Y abundantes lágrimas corrieron por su pálido semblante.

—Voy todo—volvió a pronunciar el que soñaba.

Las inocentes niñas volvieron la cabeza al escuchar la sombría voz del enfermo; habían acabado de orar y se acercaron a su adorada madre.

—¿Dirás que ahora no lloras, madre mía?—le dijo Teresita, tomándole una mano y besándosela—. ¡Tú padeces y no nos quieres decir tu pesar!...

La cariñosa mujer trató de ocultar el verdadero motivo de aquellas lágrimas, y contestó, abrazándolas con ternura:

—Pero no lloro de pesar, hijas mías; lloro porque me ha conmovido la lectura de esta comedia.

—¿De veras?

—Sí.

—Y ¿cómo se llama?

—«¡Treinta años o la vida de un jugador!».

—Y ¿es muy triste?

—¡Muy triste!... Lo más triste que puede haber sobre la tierra—exclamó con amargo acento la desventurada madre.

—Pues no leas cosas que te hagan llorar, ¿no ves que nos harás llorar también?...

—Tenéis razón—dijo dejando el libro—; bastantes motivos os cercan de tristeza sin que busquemos los medios de aumentarla.

En aquel momento hizo un movimiento el enfermo, y despertó.

—Hace rato que no veo bien, mamá, y que se me cierran los ojos como si no hubiese dormido—advirtió la inocente Julita, reclinando su hermosa cabeza en el pecho de su amosa madre.

Esta conocía demasiado el origen de aquella languidez, y se le desgarró el corazón.

—Pero no te asustes—añadió la misma criatura—; no debe ser más que debilidad.

—Pues a mí me sucede lo contrario—repuso la otra joven—. Anoche despertaba a cada instante; tenía tanta hambre... ¡Como no cenamos más que un poco de pan!...

—¡Hambre!... ¡Hambre!...—exclamó con voz lúgubre el enfermo—. Si yo pudiera moverme de esta miserable cama en que estoy postrado hace tanto tiempo, pronto cesarían todas las miserias.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA U. A. N. E. I.

—Pero tú, mamá, tienes más necesidad que nosotras, y sin embargo, no te quejas; no has comido nada, y tus ojos no se cierran como los míos.

—Porque a mí, hijas mías, me alimenta el cariño que os tengo; y el pan que reparto con vosotras es el maná que fortalece mi alma.

—Pero no permitiremos ya que vuelvas otra vez a quedarte sin nada; ¿quién, si te enfermas por privarte de la comida, nos consolará y acompañará en el mundo?

—Dios y vuestro querido padre.

—¡Nuestro padre!...—respondieron las niñas dirigiendo una tímida mirada hacia el miserable lecho.

—Sí; vuestro padre.

—Esas criaturas no quieren a su padre—pronunció con amargura el enfermo.

—¡Ah!... Sí, sí, queremos a usted, queremos a usted, padre mío—dijeron las dos corriendo a un mismo tiempo a donde él estaba.

—Sí, Diego, te quieren, ya lo ves; sino que como sólo te han solido ver un solo instante, y de noche...

—Pronto no me separé de ellas ni de ti, Elisa.

—¡Qué dichosa seré entonces!

—Y nosotras, papá—exclamaron Julia y Teresita, estrechando la mano que el enfermo les tendía conmovido.

—¡Pobres hijas mías!

—Nosotras no, papá; porque ya nos hemos desayunado; mamá es la que no ha comido desde ayer; ¿no la ve usted qué pálida está?...

—¡Sí, sí! ¡Ah!... Si yo pudiera levantarme, todos nuestros males acabarían; yo os traería mucho pan, mucho, mucho, para que saciarais esa hambre que os debilita y mata.

—No te agites, Diego; mira que esas emociones te hacen mal.

—No, Elisa; me siento aliviado con sólo hablar de mis proyectos. He meditado bien todos estos días en que me he visto postrado en esta cama, y tengo un plan que no puede fallar; mi combinación es infalible.

—¡El juego!... ¡Otra vez el pensamiento del juego!...—dijo Elisa, dejando caer la cabeza sobre el pecho.

Las dos niñas se acercaron a ella para consolarla.

—Una sola vez. ¿No te digo que mi combinación es infalible? ¡Ah!... si en vez de haberme empeñado la otra noche en jugar a la grande, hubiese puesto a la chica, a esta hora tendríamos una fortuna colosal.

—Yo no aspiro a más fortuna que a una vida tranquila.

a una vida consagrada a tu cuidado y a la educación de estos dos ángeles.

—¡Gracias, madre mía!...—dijeron las dos niñas besándole la mano—. ¡Qué buena eres!...

—¡Una vida obscura!—exclamó—. No, Elisa; yo no quiero vegetar aquí como las plantas; yo anhelo volver a Buenos Aires, mi patria; visitar otra vez Sevilla, donde te conocí cuando viajé por Europa; sí, quiero recorrer de nuevo la hermosa Andalucía, y dormir el sueño de la muerte donde reposan los huesos de mis padres. ¿No anhelas tú lo mismo?

—Yo no tengo más placeres ni más patria, ni otro mundo que mis hijas—dijo Elisa, abrazando a las preciosas niñas—. Amo a España, porque nací en ella, quiero Buenos Aires, porque es la patria de mi esposo; pero idolatro a México, porque en él nacieron los dos seres que embalsaman los días de mi existencia.

Las dos niñas la llenaron de caricias y de lágrimas, arrancadas por el cariño.

—Un momento de buena suerte, y hago mi fortuna—repitió Diego—; he meditado mucho, y el plan es infalible.

—¡Ah Diego! La economía y la honradez son la base de una fortuna sólida.

—¡Economía!... No; yo necesito labrar mi felicidad de un golpe; en un solo día; en una hora; mi alma sufre, y es preciso aliviarla dándole oro.

—La medicina del alma es el trabajo, Diego; trabaja como en otro tiempo trabajaste, y seremos tan dichosos como lo fuimos entonces.

—¿Te complaces en contrariarme?—exclamó con enojo el enfermo, viéndose contrariado—. He dicho que quiero ir por la última vez, y...

Las niñas se arrimaron a su desdichada madre, aterradas con el acento duro de Diego y con el terrible ceño que se marcó en su macilento rostro.

—Bien, Diego, vete—contestó Elisa con resignación cristiana—. No me opongo a tu voluntad; era una observación, un consejo amistoso que creí lo apreciases.

—Pues creíste muy mal; no quiero ni necesito consejos, ya lo sabes—repuso exaltándose por grados Diego—. No estoy en la edad de recibir consejos, sino de obrar como más conveniente crea.

—Bien, no te incomodes por eso; me arrepiento de lo dicho.

—Siempre te arrepientes después de matarme—contestó con ronco acento el enfermo.

La pobre Elisa no pudo contener las lágrimas al verse tan injustamente reprendida.

Las dos niñas, conmovidas al ver su llanto, empezaron a llorar.

La amorosa madre las estrechó contra su corazón.

Diego murmuró algunas palabras de disgusto; se volvió del otro lado, fatigado con la discusión que acababa de tener, y abrazando en su imaginación el plan que le había halagado pocos momentos antes, volvió a quedar dormido y entregado a uno de esos ensueños que asaltan al hombre preocupado con una idea.

—Estoy seguro del éxito—exclamó otra vez soñando—; diez albures a la dobla.

Elisa exhaló un profundo suspiro al escucharle.

—¡No hay remedio!—exclamó, inundados de lágrimas los ojos—. Ese vicio le acompañará hasta el sepulcro, y será nuestra desgracia.

—No llores, mamá—le dijo Julia conmovida—. No llores, porque nos pones tristes y nos haces llorar también.

—¿Quieres vernos padecer?—añadió Teresita.

—¡Veros padecer!... ¡Ah!... No; nunca. Pronto acabarán mis lágrimas y vuestra hambre.

—¿De veras?

—Sí, queridas.

—¿Cómo?

—He hablado para que os admitan en el colegio de las Vizcaínas.

—¡Separarnos de ti!...—exclamaron pálidas y tristes las dos criaturas.

—Allí tendréis todo lo necesario; la comida de que aquí carecéis.

—¡Nos quieres separar de tu lado!...

—¡Ya no nos quieres, mamá!...

—¡Yo no quererlos!...—dijo inundándolas de besos y de caricias—. ¡No querer una madre a las hijas de su corazón!...

—Pues, entonces, ¿por qué quieres que vayamos al colegio?

—Porque no puedo veros padecer, sufrir, morir de hambre...

—Y ¿quieres que muramos de tristeza ausentes de ti?—exclamaron con la seductora candidez de la inocencia.

La tierna madre las estrechó en sus brazos, llorando de placer y de ternura.

Una joven, fresca como una rosa, de fisonomía franca, alegre y expansiva, conduciendo en el brazo una canastilla cubierta con una blanca servilleta, se presentó en el cuarto.

Quieta en el umbral de la puerta, respirando benevolencia y alegría, vestida de blanco, y sonriendo de placer, parecía el ángel de la felicidad anunciando la paz y la ventura a la virtud oprimida.

Su simpático rostro no era uno de esos cuyas facciones resisten separadamente un análisis artístico. Sus ojos no tenían ni la forma ni el color que los pintores y los poetas buscan para sus cuadros y sus poemas; eran claros, pero no azules y de dulce mirar como el cielo, sino grandes y apasionados; su nariz, sin ser fina y delicada, sino imperceptiblemente corta y algo gruesa, convenía perfectamente a su ovalado y blanco rostro, que respiraba candor y alegría; sus labios, algo gruesos, pero encendidos y frescos como una rosa al despuntar la aurora, dejaban ver, al sonreír, que era casi siempre, una hilera de blancos dientes, unidos y perfectamente iguales, que revelaban el escrupuloso aseo y la más esmerada limpieza.

No eran, pues, sus facciones, examinadas aisladamente, lo que constituye la perfección del rostro de una mujer, y sin embargo, su conjunto era irresistible.

La suavidad y frescura de aquel delicado cutis, en que estaban desleídos suavemente, en misteriosa mezcla, la blancura del lirio y el nacarado tinte de la rosa; el apacible carmín de sus mejillas, que se extendía dulcemente, guardando perfecta consonancia con su purpurina boca; la angélica sonrisa que vagaba a todas horas por sus sonrosados labios; el aire de pureza y de tranquilidad que se pintaba en su semblante; el gracioso movimiento de su elegante cabeza, velada por una luenga cabellera negra como el ébano, que hacía resaltar notablemente la blancura de su cutis y la forma de su ebúrnea y torneada garganta; la sencillez y elegancia de su flotante ropaje, velando un cuerpo flexible, gracioso y bien formado, que parecía desprenderse de la tierra; el corte exquisito de sus nevados y redondos brazos; la suavidad y finura de su pequeña y graciosa mano, y la morbidez, en fin, de sus hechiceras formas, hacían de esta mujer uno de esos seres de atractivos indefinibles que se aman cuanto más se examinan; que empiezan por simpatizarnos, siguen por interesarnos, y que acaban por cautivarnos insensiblemente.

Al verla en la puerta de la miserable alcoba, las dos niñas corrieron ligeras como dos mariposas a su encuentro.

—Buenos días, señorita Soledad.

La joven les dió un beso en la frente, y les dijo con voz más dulce que la brisa al mover las hojas de las flores:

—Buenos días, encantadoras criaturas.

Elisa se levantó del asiento, y la recibió con un abrazo, diciéndole:

—Bienvenida sea mi amable vecinita.

—Y ¿cómo sigue su esposo de usted?

—Se encuentra algo mejor, gracias a Dios.

—Me alegro mucho, porque así podrá probar alguna cosita de las que traigo aquí, y que espero admitirá usted como un presente sincero de amistad.

—¡Un pollo!... ¡Costillas!... ¡Huevos!...—exclamó Elisa viendo lo que contenía la canasta—. ¡Ah! Siempre obsequiándonos, sin que nosotras podamos corresponder.

Los ojos de las dos niñas brillaron de alegría al oír lo que contenía el regalo.

¡Las pobrecitas comían tan de tarde en tarde!

—Si eso no vale la pena—contestó Soledad, sin hacer mérito de su obsequio—; me regalaron ayer algunas gallinas y pollos, y he querido que participasen ustedes del presente.

—Mil gracias, Soledad; nunca olvidaré los señalados favores que se ha dignado usted dispensarme.

—Así cumplo con una imperiosa exigencia de mi corazón, y con el deseo de mi primo Félix, que me encargó le obsequiase a usted en su nombre y en el mío.

—¡Cuánto les agradezco a ustedes este recuerdo!

—¿No es usted la única amiga que tengo en la vecindad?

—Tendrá usted muchas, porque usted es digna de la amistad de todos; pero yo me cuento en el número de las más sinceras.

—Lo sé—dijo Soledad, estrechándole la mano.

—Y ¿sigue siendo el dependiente predilecto de su principal?

—Lo mismo que siempre.

—¡Cuánto me alegro de ello! Debe usted estar orgullosa de tener un primo tan recomendable.

—Sin duda que lo estoy; Félix me ama como si fuese una hermana suya; todo su sueldo es para mí; no tiene más placer que el visitarme, ni más diversiones que mi compañía. Pero le suplico a usted me permita que me vaya.

—¿Tan pronto?

—Estoy concluyendo de bordar un chaleco para él, y quiero sorprenderle entregárselo esta noche cuando venga.

—Siendo así, no quiero ser impertinente deteniéndola.

—Adiós, Elisa; ahí le dejo a usted la canastita; adiós, angelitos—añadió besando a las dos niñas—; no se olviden ustedes de llamarme su hermana mayor.

Y sin dar lugar a que le contestaran, salió de la pieza, lige-

ra como una gacela, dejando a Elisa y sus dos inocentes criaturas inundadas de felicidad y contento.

—Ahora, siquiera—dijo una de las últimas—, podrás saciar tu hambre, madre mía.

—Sí, mamá—agregó la otra—; es preciso que comas para que no te enfermes.

—Y vosotras también comeréis, ya que vuestros inocentes ruegos fueron escuchados por la Providencia.

—¡Es tan dulce rogar a Dios, y tan bonita la oración que tú nos has enseñado a preferir a todas las demás!...

—Sí, hijas mías; el Padre Nuestro es una constante súplica al Eterno, llena de unción, de sentimientos tiernos y generosos, donde el débil hombre nada promete que sea difícil cumplir, y todo lo pide al que es dueño de cuanto existe y está dispuesto a conceder. El Padre Nuestro, como salido de los divinos labios del Crucificado, y dictado por aquel admirable Sér, todo amor, todo verdad y todo sabiduría, se adapta a todos los corazones, desde el más tierno del inocente niño, hasta el del más endurecido guerrero. Nadie puede alegar que no puede cumplir con los preceptos dulces de esa sagrada oración; a todos conviene, con todos habla, todos necesitan de ella. En la oración dominical, en esas sublimes palabras en que nos enseñó el Hijo de Dios la dulce manera de dirigirnos a su amantísimo Padre, ¿qué se pide de la frágil criatura que sea difícil de practicarse?... Nada. Que santifique el nombre de Dios que está en los cielos; ¿hay cosa más justa y más grata a un corazón agradecido que santificar el nombre de Aquel que le ha colmado de beneficios? Pedirle que nos conduzca a su reino después de la muerte; ¿y no es éste el supremo bien a que aspira todo mortal al abandonar este mundo de miseria y de lágrimas, donde tanto ha padecido? Que se haga la voluntad del señor; ¿y cómo no conformarnos con la voluntad del más sabio, del más tierno, del más amante, del más bueno de los padres; de Aquel que conoce lo que nos conviene, y cuyo deseo no es otro que el de nuestra felicidad eterna? Que nos dé el pan de cada día; esto es, el preciso sustento; ¿hay, en suplicarle que nos envíe lo necesario para la vida, algo que se oponga a nuestros intereses particulares? Que nos perdone nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores; ¿qué rasgo más noble y satisfactorio que perdonar? Y si nosotros solicitamos que el impecable nos perdone las ofensas que a cada instante le inferimos, ¿cómo tendremos valor para no perdonar a nuestra vez las ofensas que nos ha hecho el prójimo, en las cuales acaso habrá tenido alguna parte nuestra vani-

dad, nuestro orgullo y nuestros multiplicados defectos? Que no nos deje caer en tentación, y que nos libre de todo mal; ¿no envuelven estas palabras la felicidad del mundo? Pedir que nos tenga de su mano, que no nos deje cometer ningún delito, ningún crimen, ninguna acción bastarda, es pretender dar a la sociedad el bienestar, la paz y la ventura que cada individuo tiene que haber en su existencia.

—Con qué gusto te hemos escuchado, mamá—dijo la inocente Julia—; nos explicas todo con una dulzura y una claridad que nos deleita.

—Deber es mío, como el de toda cariñosa madre, dar a conocer las excelencias de nuestra augusta Religión. Pero, vamos a comer, hijas mías, que ya tendréis necesidad de alimento. ¡Qué buena es la señorita Soledad!

—Yo la quiero mucho—dijo Teresita—, porque siempre te viene a consolar, mamá.

Unos golpes dados a la puerta que daba al corredor les hizo interrumpir el diálogo.

Elisa, que iba a disponer la comida, suspendió la operación.

Los golpes se repitieron.

—¿Quién será a esta hora?—dijo la jovencita rubia.

—Sin duda es el doctor—contestó la mamá—; ve a abrir, hija mía.

—¡Willey!...—exclamó con disgusto la niña—. No sé por qué me causa miedo este hombre.

—Y a mí—añadió la otra—; tiene un modo de mirar que asusta.

—Es el médico que cura a vuestro padre.

—Sí, es verdad; pero...

—Un amigo suyo.

—Todo eso es cierto; pero..., yo no sé por qué le tengo miedo a ese hombre.

Nuevos golpes sonaron por tercera vez.

—¿Quién llama?—dijo el enfermo despertando—. ¿No habéis oído que llamaban?

—Sí—contestó Elisa—. Corre, hija mía, no le hagas esperar.

La niña obedeció con cierta repugnancia, y a poco se presentó, seguida del doctor Willey.

Era éste, como ya hemos dicho en otro capítulo, un hombre como de cuarenta y cinco años, rubio, de blanco rostro, aunque de facciones toscas, picado de viruela, alto, algo abultado el vientre; de ancha espalda y rudos modales; su bigote era recio, ancho y casi rojo; grandes manos, y extremadamente gruesos sus dedos; vestía corbata blanca alta,

sosteniendo unos cuellos con largas puntas que se cruzaban en la boca; sombrero alto negro; paletó color de yesca, que continuamente lo llevaba abrochado, y pantalón obscuro; un gran reloj de plata, afianzado por una cadena de acero, descansaba en el bolsillo izquierdo de su chaleco de casimir amarillo, y un grueso bastón de caña de la India, con puño de oro y grandes borlas, le servía para apoyarse.

—¡Hola! ¿Es usted, querido doctor?—dijo el enfermo al verle.

—Sí, señor don Diego—contestó Willey, sentándose junto al lecho, después de saludar a Elisa y de dirigirle una mirada profunda, que hizo bajar los ojos a la esposa—; yo soy, que vengo a ver si logro sacarle pronto de ese lecho, que no debe serle muy agradable.

—Ciertamente que me hace poca gracia; pero hoy me he sentido mucho mejor.

—Vamos a ver; tomaremos el pulso.

El enfermo alargó el brazo; el doctor se puso a contar las pulsaciones, mientras con la vista devoraba a Elisa.

Esta se había colocado al otro lado de la cama, aunque también a la cabecera, y permanecía con los ojos fijos en el rostro de Diego, para evitar que se encontraran con los del doctor.

Willey tosió para llamar su atención; pero la esposa, en vez de alzar la cabeza, la apoyó sobre la de una de las criaturas, que se había colocado delante de ella.

—¿Cree usted que tengo algún alivio?—preguntó el enfermo, viendo que continuaba pulsándole.

—Sí, sí—contestó el doctor, que se había olvidado del paciente, y sin apartar la vista de Elisa—; la calentura, originada por la herida, y que me había alarmado, ha empezado a ceder.

—Yo, al menos, siento la cabeza mucho más despejada.

—Repito que hay una notable mejoría—repuso Willey; y luego, empeñado en atraer la atención de la esposa, añadió—: ¿No le parece a usted lo mismo, señora?

—A la simple vista mía, sin duda que sí—contestó Elisa, al mismo tiempo que cubría con la frazada los brazos de Diego, para evitar de este modo el mirar del médico.

Este leyó en aquella estudiada acción una evasiva a su anhelo, y sintió en su pecho una opresión violenta.

El paciente, que ignoraba lo que pasaba a su alrededor, preguntó:

—Y ¿cuándo cree usted, señor Willey, que estaré en dispo-

sición de salir de este maldito encierro y respirar el aire libre de la calle?

—Dentro de pocos días.

—¡Ah!... ¡Lo deseo tanto!... La cama me consume, me desespera.

—Y eso que tiene usted un ángel que le cuida a todas horas—contestó el doctor sin lograr que la mujer a quien dirigía la lisonja, hiciese otra cosa que una ligera inclinación de cabeza para darle las gracias.

—Sí, amigo Willey—dijo el paciente tomando una de las manos de su esposa—. Elisa es un ángel de consuelo; ella no se ha separado un instante de mi lado.

—Al obrar así—contestó la hermosa mujer mirando a su esposo—, he cumplido con una exigencia del corazón y con un sagrado deber; tus alegrías y placeres me pertenecen, lo mismo que tus penas y tus padecimientos.

Diego, conmovido por aquellas palabras, acercó a sus labios la mano de su esposa.

Esta se sonrojó.

El doctor replegó el entrecejo sobre su frente con un gesto de ira, que dió a su fisonomía un aspecto aterrador.

—¡Gracias, Elisa, gracias!...—exclamó el marido, después de besar la mano de su esposa—. Ya lo ve usted, doctor; ¿habrá alguno que no envidie mi felicidad?

—Sí, sí... todo el mundo—contestó Willey con voz áspera y dejando ver en su rostro un gesto de impaciencia—. ¡Es tan grato verse amado de una mujer hermosa, como terrible verla indiferente y fría!

Y al decir esto se levantó de su asiento sin poder disimular la impaciencia y malestar que le dominaban.

—¿Nos deja usted tan pronto, señor doctor?—dijo Diego, que no estaba en disposición de observar lo que pasaba en el corazón del médico.

—Sí, tengo que hacer varias visitas todavía, y no puedo detenerme más.

—Y ¿qué va usted a recetarme?

—Una cosa sencilla y agradable al paladar.

—Trae papel y tintero, esposa mía.

Elisa se levantó de donde estaba y se dirigió a la mesita de pino blanco; sacó del cajón un tintero ordinario y un pedazo de papel, y los colocó encima.

El doctor se puso a recetar.

La hermosa mujer esperó en pie que concluyera.

—Aquí está—dijo Willey acabando de escribir.

Luego, acercándose al enfermo y dándole la mano, le dijo:

—Adiós; dentro de dos días estará usted en disposición de salir.

—Dios lo quiera—contestó el enfermo—; y ¿puedo comer alguna cosa?

—Sí, un poco de pollo; adiós.

—Hasta mañana.

Willey se acercó entonces a Elisa, que aun permanecía junto a la mesita, y le dijo en voz baja:

—Espéreme usted esta noche en la otra pieza; tengo que hablar con usted a solas.

—¡Nunca!—contestó en la misma voz la hermosa mujer.

—Lo exijo.

—Y yo no obedezco.

—Ved que enseñe este papel a vuestro esposo—repuso el doctor, sacando del bolsillo una carta.

Elisa se puso pálida como la muerte, y exclamó:

—¡Ah, por piedad, no se la enseñe usted!

—¿Me esperará usted?

—Esperaré.

—¿Sola?

—Sola.

Willey guardó el papel y salió con aire triunfante, dirigiendo una tierna mirada a Elisa, que apartó de él los ojos horrorizada.

La infeliz se quedó temblando y descolorida como la cera; sus piernas flaquearon, y se vió precisada a apoyarse en la mesa para no caer.

—¿Qué tienes, mamá?...—le dijeron las dos niñas, que corrieron hacia ella al verla palidecer—. Te has puesto muy descolorida; ¿estás mala?

—No, hijas mías, no—contestó Elisa, tratando de serenarse, y acariciándolas—; un vahido..., la debilidad...

—¿Lo ves?... ¡Es preciso que comas, madre mía! ¡Es preciso que comas para que cuides de nosotras!...

—Sí, sí; tenéis razón; vamos a comer; por fortuna también vuestro padre podrá participar del regalo de la hermosa Soledad; disponedlo todo.

Las dos angélicas criaturas pusieron la mesa en un instante, y se sentaron a ella brillando en sus ojos la alegría.

Elisa partió una pierna de pollo y se la llevó a su esposo.

Las preciosas niñas comían con un apetito y un placer que hubiera envidiado el más potentado de la tierra.

También el enfermo devoraba su ración con singular contento.

Sólo Elisa se encontraba triste y sin apetito; la amenaza del

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 U. A. N. L. I.
 CAPITULA ATTORNSINA

doctor le había helado el corazón, y el temor de su llegada le llenaba de un sobresalto que le hacía olvidar el hambre que pocas horas antes amenazaba su vida.

—¡Dios mío, Dios mío!... ¡Sálvame de ese hombre!...—dijo para sí, llena de amargura y de dolor—. Tú que lees en el fondo de mi corazón, no me dejes entregada a su venganza... ¡Ese papel!...

Y aquí se detuvo horrorizada; un fuerte estremecimiento sacudió violentamente su cuerpo; su semblante se puso mortalmente pálido, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

¿Qué contenía aquel papel?

La sucesión de los acontecimientos nos lo demostrará en el curso de esta historia.

CAPITULO IX

La casa de vecindad

Cada casa de vecindad de México puede considerarse como un gran pueblo reunido bajo un mismo techo, que cobija a todas las clases de la sociedad, excepto a la alta.

Allí, en el primero y segundo patio, se descubren desde la calle, a uno y otro lado de las altas paredes del edificio, formando una larga galería, multitud de habitaciones con su respectivo número encima de la puerta, compuestas de una sola pieza húmeda y mal envigada, en que vive la clase menos acomodada de la sociedad.

Al terminar el primer patio, que suele estar generalmente bien enlosado, se levanta una escalera sólida de piedra que en su primer descanso, se divide en dos brazos a derecha e izquierda, para conducir a un espacioso corredor, que sirve de techo a los cuartos bajos, y donde, en el mismo orden que en el patio, se encuentran nuevas habitaciones, también numeradas, pero con varias piezas, habitadas por la clase media, siempre deferente, instruída, fina y atenta. Encima de estas cómodas viviendas, y formando completa armonía con ellas, se encuentran otras, provistas de corredor igual, donde viven los artistas, los empleados, los profesores de todos los ramos.

Estas casas vienen a ser otra torre de Babel, donde se escuchan a la vez los acordes del agradable piano, pulsado

en aquella habitación por los delicados dedos de una joven encantadora; el desagradable ruido de la ronca trompa de un aspirante a la orquesta del teatro, en la otra; más allá, el penetrante chirrido de un violín, manejado por un antípoda de Melpómene; enfrente, las dulces melodías de una pieza concertante, producidas por la grave combinación de la flauta, los bandolones y el bajo; a la izquierda, los gritos de los muchachos de una escuela que leen predicando; a la derecha la academia de solfeo, donde cincuenta voces, a cual más desapacibles, destrozan su lección; encima, la dulce y argentina voz de una excelente cantante que interpreta con maestría una de las arias más delicadas de Bellini, mientras que de uno de los cuartos del patio sale el destemplado y «empulgado» acento de varias personas del bajo pueblo que, al son de una mala bandurria, o «jarana», como se llama en el país, cantan el «Aforrado», «La Pasadita», o el «Canelo»; aquí el quejido de un desgraciado enfermo, que no puede conciliar el sueño, aturdida la cabeza con todo aquel conjunto de encontradas melodías; en otra parte, la riña de dos vecinas que se dicen a grito en cuello todo lo que no se debe decir, pero que el vecindario entero se ve precisado a escuchar; y por dondequiera confusión, algarabía, música, llanto, baile, tristeza y alegría.

En el segundo piso de una casa parecida a la que de describir acabo, cuyo corredor estaba adornado de tiestos cubiertos de aromáticas flores, viven varias familias de escogida educación, las más, pero que, agobiadas por la contraria suerte y por las evoluciones de la instable fortuna, se encuentran en una posición en extremo desfavorable.

En una de las alegres y ventiladas viviendas que cuenta, habita un retirado de la independencia, hombre honrado y cubierto de honrosas cicatrices, que ostenta en el pecho seis cruces, y en la mesa otros tantos hijos, amén de una cara costilla, cuya cara, en los días que no le paga el gobierno a su marido, que son los más, es más fea que la cara de la necesidad que les acosa.

Enfrente vive un anciano empleado que en nada se emplea; está jubilado, aunque sin júbilo; y aunque no tiene hijos, tiene una amable consorte, a quien llama Crucecita, que le pesa más que la cruz de un bergantín holandés.

Contiguo a la vivienda de ésta, se halla la de una infatigable anciana; viuda, según ella, de un general de brigada; cuya ocupación no es otra que observar lo que hacen, lo que dicen y lo que comen los vecinos; especie de lechuza doméstica, que se alimenta de chupar la honra del prójimo, observando